

MUNDO ANDINO, CLIMA Y SOCIEDAD.  
EL TRÁFICO Y LOS VIAJEROS A TRAVÉS  
DEL PASO DE ANTUCO, 1541-1810

José E. VERA RODRÍGUEZ\*

Esta investigación está planteada como una etapa inicial de un proyecto mayor, cual es el estudio historiográfico de la cordillera de los Andes, y los efectos de su relieve y clima como condicionantes de la habitabilidad humana. El presente estudio se centrará en la zona de los Andes meridionales de Chile, puntualmente la cordillera de la zona de Antuco.

Este trabajo implica la interrelación de tres componentes claves que son: la cordillera de los Andes, el clima y la noción de ecumene/anecúmene. Respecto a la primera, es un macrorrelieve que nos interesa como área de desenvolvimiento humano. La cordillera andina abarca un espacio importante del territorio nacional sin embargo la historia transcurrida en dicho relieve ha sido escasamente investigada por la historiografía, más bien ha sido un tema marginal, adosado a la historia de la gente que habita en tierras bajas como la Depresión Intermedia. Asociado a dicho relieve está el clima, factor fundamental para poder comprender el accionar del ser humano en un territorio marcado por la altitud. Por su parte, el clima y su influencia ha sido un tema bastante ajeno a la historiografía chilena, sin embargo se debe reconocer el aporte pionero realizado por Benjamín Vicuña Mackenna con su obra *El clima de Chile*.

Por su temporalidad (1541-1810), este trabajo está enmarcado dentro del frío período conocido como la Pequeña Edad del Hielo (1300-1850), y por ende los años que cubre esta investigación están relacionados con los tres períodos de frío que afectaron al mundo durante la Pequeña Edad del Hielo, que son el Mínimo de Spörer (1420-1570), el Mínimo de Maunder (1645-1715) y el Mínimo de Dalton (1790-1820). Estos períodos de frío hasta ahora han sido estudiados especialmente en relación al hemisferio Norte sin embargo existen algunas investigaciones sobre el cono sur de América, que

\* Doctor en Historia, Universidad de Chile, correo electrónico:  
jose\_vera2002@hotmail.com.

afirman que entre los años 1650-1700, la temperatura andina en 42° y 48° de latitud sur, era cuatro grados más baja respecto a las condiciones de la segunda mitad del siglo xx, sin embargo esa menor temperatura se dio también en latitudes de más al norte, abarcando hasta la provincia de Buenos Aires.<sup>1</sup>

A modo de hipótesis, planteamos que el espacio andino de la zona centro sur, y su clima, habrían generado condiciones de habitabilidad para grupos de seres humanos desde la época prehispánica.

En Chile central, la serranía andina en lo que concierne a la habitabilidad si sobrepasa los 3,500m se reconoce como una zona de anecúmene, en lo que respecta a su colonización por parte de los pueblos originarios prehispánicos.<sup>2</sup> Este macrorrelieve además, de la altitud y los terrenos escarpados, tiene otro condicionante en contra para que el ser humano pueda asentarse, el factor en cuestión es el clima. Toda esta área geográfica está bajo la influencia del clima polar, específicamente el clima polar de altura (EFH), que abarca en forma continuada desde los 30° de latitud Sur hasta la zona de la península de Taitao, también se manifiesta en otras serranías más australes, como la cordillera de Darwin. Ese clima predomina sobre los 4,000m de altitud en la zona norte y a menos de los 1,000m en su límite austral. Por ende, sus características esenciales están constituidas por el imperio del frío, el reino del poderoso viento gélido, las tormentas constantes y, con condiciones meteorológicas muy adversas para las personas. Además durante varios meses del año las precipitaciones invernales contribuyen a que el suelo esté cubierto por una gruesa capa de nieve o hielo<sup>3</sup> (Mapa 1).

No obstante, la cordillera andina, aproximadamente hacia los 33° de latitud Sur, comienza a disminuir gradualmente su altura, lo cual permitió incursiones de grupos humanos que intentaron asentarse en la medida que las condiciones del relieve y los recursos naturales tales como agua, fauna y flora lo hicieron posible. De una impronta montañosa pelada, conforme

<sup>1</sup> Maenza, Reinaldo A. y Rosa H. Compagnucci, “Simulación de la pequeña edad de hielo usando el modelo EdGCM”, en *Geoacta*, vol. 35, núm. 2, agosto-diciembre, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2010, p. 85. Véase además Villalba, Ricardo; Lara, Antonio; Boninsegna, José; Masiokas, Mariano; Delgado, Silvia; Aravena, Juan; Roig, Fidel; Schmelter, Andrea; Wolodarsky, Alexia y Alberto Ripalta, “Large-scale temperature changes across the Southern Andes: 20th century variations in the context of the past 400 years”, en *Advances in Global Change Research*, vol. 15, núm. 59, 2003, pp. 177-232.

<sup>2</sup> Larraín Barros, Horacio, *Etnogeografía, Geografía de Chile*, tomo XVI, Instituto Geográfico Militar de Chile, Santiago, 1987, p. 84.

<sup>3</sup> Santis A., Hernán, “Climatografía de Chile”, vol. 1, separata, *Expedición a Chile*, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1975.

avanza hacia el sur la cordillera se torna montuosa, es decir, va aumentando la vegetación arbórea.

Horacio Larraín, en su obra *Etnogeografía*, considera que la zona andina desde el Aconcagua hasta el Maule, aunque transitada en forma estacional, no fue formalmente parte del ecumene, dado que era un área despoblada, sin colonizar ni sujeta a transformaciones. Respecto de los indios chiquillanes, estima que recorrieron la cordillera solo con fines de caza y trueque, pero que su lugar de residencia fueron las pampas situadas inmediatamente al oriente de la cordillera, pues tenía la idea de que los Andes de Chile central eran inhabitables.<sup>4</sup>

Sin embargo, sobre la habitabilidad del relieve montañoso andino de la zona centro de Chile, el cronista Jerónimo de Vivar expresó que sí tenía gente residente los que obtenían su sustento de la cacería:

Dentro de esta cordillera a quince [67.5 km] y a veinte leguas [90 km] hay unos valles donde habita una gente, los cuales se llaman puelches y son pocos. Habrá en una parcialidad quince y veinte y treinta indios. Esta gente no siembra. Susténtanse de caza que hay en aquestos valles. Hay muchos guanacos y leones y tigres y zorros y venados pequeños y unos gatos monteses y aves de muchas maneras. Y de toda esta caza y montería se mantienen que la matan con sus arquerías, que son arco y flechas<sup>5</sup> (véase Mapa 2).

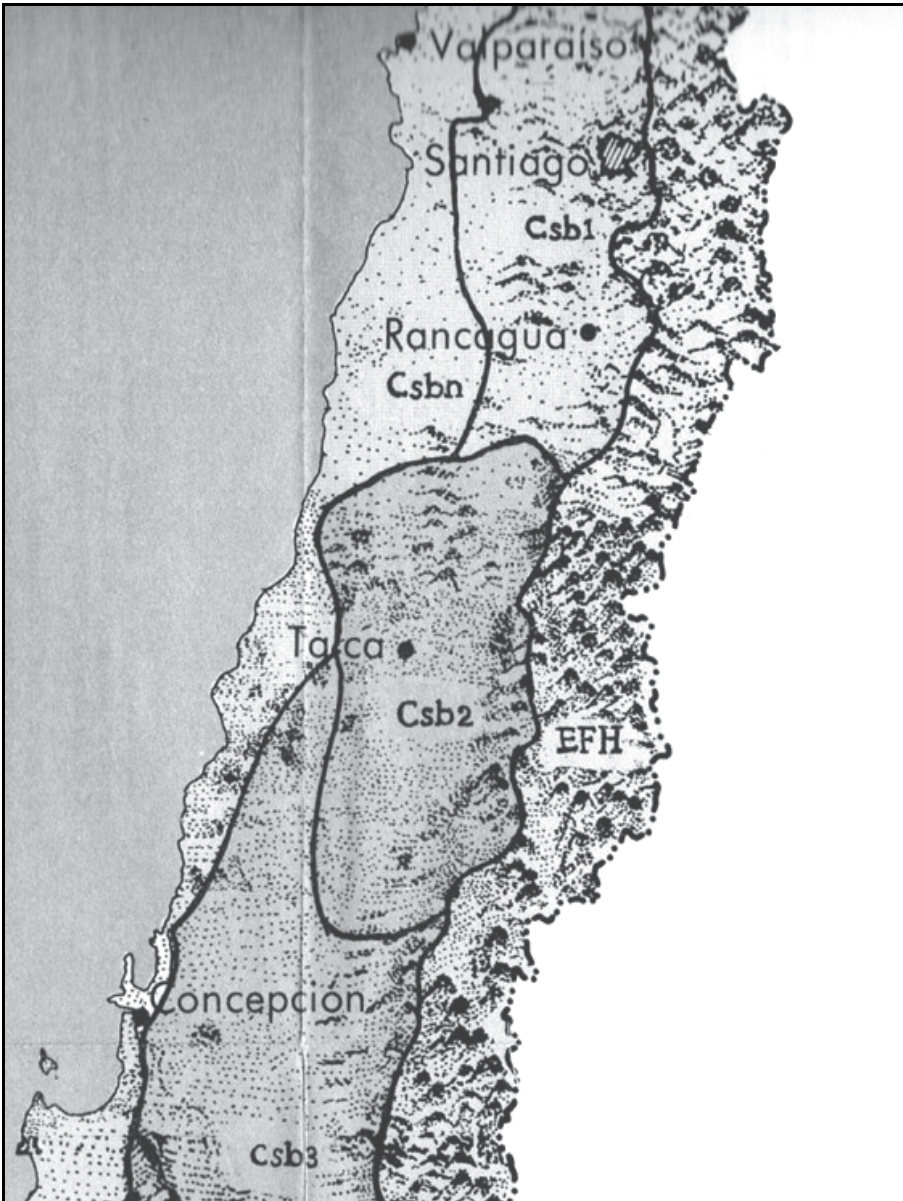
A su vez afirmó que construían sus casas en base a estructuras de cuatro palos, que recubrían con cueros. Este pueblo no utilizaba asientos, y sus vestimentas estaban hechas en base a pieles. Opinaba que eran hábiles peleteros, sus costuras eran prolijas y confeccionaban un tipo de manta de piel que utilizaban como capa o bien para envolverse con ella. Estas mantas de pieles las denominaban *llunques*.<sup>6</sup> Es decir sus ropas eran para habitar y sobrevivir en un clima hostil. Su sombrero también era singular, pues utilizaban un tocado hecho a base de cuerdas de fibras vegetales, y en medio de su tocado ponían sus flechas, a modo de carcaj. Pues el arco era su arma favorita “Son muy grandes flecheros, y aunque estén en la cama han de tener el arco cabe sí”.<sup>7</sup>

<sup>4</sup> Larraín, *op. cit.*, p. 86.

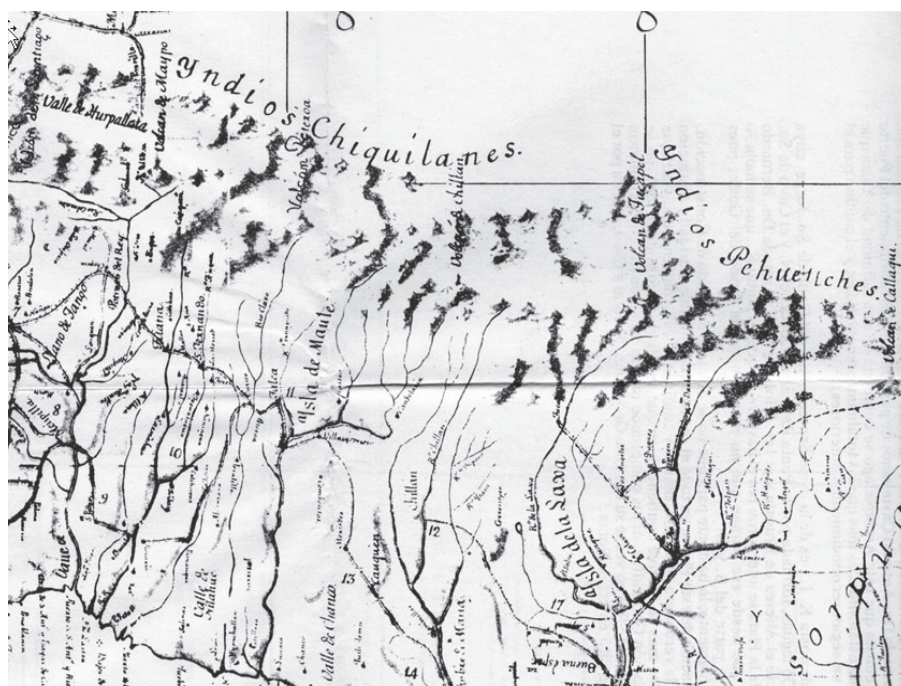
<sup>5</sup> De Vivar, Jerónimo, *Crónica de los reinos de Chile*, Dastin, Madrid, 2001, p. 226.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 227.

<sup>7</sup> *Ibidem*.



**Mapa 1.** *Tipos de Clima (fragmento).*  
Fuente: Santis A., Hernán, “Climatografía de Chile”, separata, *Expedición a Chile*, vol. 1, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1975.



**Mapa 2.** Localización de chiquillanes y pehuenches en el *Plano General del Reyno de Chile* (1793).

Fuente: Baleato, Andrés, *Plano General del Reyno de Chile*, separata, Expedición a Chile, vol. 1, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1975.

Alrededor de cien años después, el sacerdote viajero Diego de Rosales, constató que la gente que habitaba en la cordillera mantenía este tipo de vestimenta: “Los puelches no trahen encima más de una piel de guanaco ceñida a la cintura, y los muchachos y las niñas unas plumas o unos cordeles atados a la cintura, y las doncellas en casándose se quitan este plumero que trahen en la cintura y se visten un pellexo que se echan encima de los hombros y se le atan por la cintura”.<sup>8</sup>

Posteriormente, a mediados del siglo XVIII se señalaba que los pehuenches tenían sus tolderías —es decir sus habitaciones portátiles y formadas con pieles de animales— en los valles situados entre la cordillera andina, los cuales se mudaban conforme a su conveniencia. Se consideraba que su terri-

<sup>8</sup> De Rosales Diego, *Historia general del Reyno de Chile*, vol. 1, Imprenta del Mercurio, Valparaíso, 1877, p. 157.

torio abarcaba desde la jurisdicción de Chillán hasta el volcán de Villarrica.<sup>9</sup> Sin embargo, su vestimenta hacia 1761 denota un cambio, estaba compuesta por un calzón llamado chamal, poncho y casquete o sombrero.<sup>10</sup> Otro grupo humano que habitaba en medio de las serranías andinas, inmediatamente al sur de los pehuenches, era el de los huilliches. Eran feroces y sin trato con los españoles.<sup>11</sup> Los hombres, utilizaban poncho y calzones, en cambio los niños y mujeres usaban una manta con la que se envolvían.<sup>12</sup>

Alrededor de medio siglo después, hacia 1806, Luis de la Cruz, afirmaba que cazaban ñandúes para obtener sus plumas, de las cuales tenían mucho aprecio porque con ellas construían un tocado de plumas blancas, amarillas y coloradas.<sup>13</sup> En las áreas húmedas con ayuda de perros cazaban al huillín o nutria de río, animal de piel muy fina. También eran de su interés los gatos monteses, coipos, quiques y chingues, con sus pieles las mujeres confeccionaban los cobertores. Además atrapaban la vizcacha, el pudú, el huemul, el guanaco, la liebre llamada marra y un animal llamado *oop*, de los cuales también usaban sus pieles.<sup>14</sup> También narra que los pehuenches andaban con el cuerpo engrasado, eso los hacía muy pestilentes —pese a que se bañaban diariamente—, y por ello no tenían problema en andar atrapando zorrillos o chingues.<sup>15</sup>

Y respecto al vestuario pehuenche expresa que se componía de dos mantas cuadradas, de dos y media varas de largo y de ancho (2.10m), tejidas con hilos torcidos, para uso diario de color turquí y para días de festejo unas matizadas con franjas de colores. Con una de ellas se envolvían la cintura y la amarraban con una faja angosta, esta era la manta chamal. Y la otra, que tenía una hendidura en el centro, la usaban como poncho. También confeccionaban botas a base de cuero de vaca, caballo, etc. En esta época estimaban la chupa y el sombrero galoneado. Las mujeres usaban también dos mantas, de color turquí o rojas. Eran de menores dimensiones, acorde a su

<sup>9</sup> De Amat y J., Manuel, "Historia geographica é hidrographica con derrotero general correlativo al Plan de el Reyno de Chile", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, núm. 56, Santiago, 1927, pp. 370-371.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> De Amat y J., *op. cit.*, núm. 57, 1927, pp. 403-404.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 404.

<sup>13</sup> De la Cruz, Luis, *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes poseídos por pehuenches y los demás espacios hasta el río de Chadileubu reconocidos por don Luis de la Cruz, alcalde mayor provincial del ilustre Cabildo de la Concepción de Chile*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1969, tomo 2, p. 433.

<sup>14</sup> *Ibidem*, pp. 434-435.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 434 y 449.

estatura, y con una de ellas se envolvían el cuerpo dejando la cruzadura adelante la cual sujetaban mediante unos alfileres.

Para la cabeza utilizaban un enrejado de cuentas falsas, chaquiras y manillas, el enrejado tenía forma de caparazón de tortuga, y le llamaban *tapagué*. El cual además, llevaba un cascabel para que al andar hiciese sonido. Desde los costados del *tapagué* pendían sargas de hilos para afianzar la cabeza.<sup>16</sup>



**Figura 1.** Mujer tehuelche y su hija vistiendo la lloica.

Fuente: Olhsen, Theodor, *Album Durch Süd-Amerika!*, (1894), Lámina N° 16, *Una mujer en Patagonia*, en <[http://www.ojosdeohlsen.cl/i\\_e/galeria.htm#](http://www.ojosdeohlsen.cl/i_e/galeria.htm#)>.

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 445-446.

La nación pehuenche se extendía en los inicios del siglo XIX, configurando tres grandes agrupaciones: los del norte, situados al oriente de Maule, eran los malalquinos, que comerciaban con las provincias del centro de Chile y con Mendoza; En el centro se situaban al oriente de la ciudad de Chillán, e iban a comerciar a Vilquico, Chillán y Tucapel; los de más al sur, estaban localizados frente al partido de Huilquilemu y Los Ángeles. Todos ellos utilizaron la misma indumentaria, y los huilliches también usaban la misma vestimenta de los pehuenches, más algunos, la usaban al modo de los patagónicos. El vestuario de los patagónicos era un braguero de piel, y una manta compuesta de muchas pieles llamada *lloyca*<sup>17</sup> (Figura 1). Es decir, estos últimos utilizaban la misma vestimenta que Jerónimo de Vivar describió respecto de los pueblos montañoses para mediados del siglo XVI. Con el paso del tiempo pasarían a utilizar otros atuendos, algunos de influencia mapuche y otros de procedencia hispanocriolla.

### *Incidencia del clima*

A mediados del siglo XVI, justo en el tramo final del período frío conocido como Mínimo de Spörer (1420-1570, aunque hay divergencia ya que para otros investigadores sería 1450-1540, o 1450-1550), los españoles en su proceso de conquista y exploración de Chile, observaron diversos aspectos relacionados con la geografía y el clima. Por ejemplo, Jerónimo de Vivar, entrega importantes antecedentes respecto a las características de la cordillera andina. Respecto a la vegetación opinó que “En esta gobernación es en parte montuosa la falda de ella y en partes es pelada”.<sup>18</sup> Pero que en la zona de Concepción la cordillera era “montuosa de muy grandes árboles”.<sup>19</sup>

Por otra parte, Jerónimo de Vivar realizó otro comentario pertinente, esta vez en relación a los pasos cordilleranos que habían conocido los españoles a quince o dieciocho años de andar recorriendo el país. Hasta ese momento eran alrededor de cuatro y a la vez hizo un alcance respecto de la dificultad para desplazarse por la cordillera, la cual permitía transitar por ella solamente tres meses del año, los meses estivales, esto permite observar que las estaciones en aquella época eran más marcadas y con inviernos más rigurosos —respecto de la actualidad—: “Pásase por tres o cuatro partes y

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 447-448.

<sup>18</sup> De Vivar, *op. cit.*, p. 226.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 248.



con gran trabajo. Son tres meses en el año que es enero y febrero y marzo, y todos los demás no se puede pasar por causa de los grandes fríos”.<sup>20</sup>

A mediados del siglo XVI, los nativos montañeses no permanecían aislados en medio de sus serranías andinas, sino que cuando el clima atenuaba su dureza al llegar la estación cálida bajaban a las tierras de los llanos a realizar intercambio de especies. Los meses en que lo hacían según Jerónimo de Vivar, eran febrero y marzo período en que el hielo y la nieve se derretían y podían transitar para hacer su operaciones de trueque. Pero a fines de marzo retornaban, pues abril marcaba el inicio del invierno. Cabe recordar que se desplazaban a pie, y que salían a los valles a trocar sus mantas de pieles “que llaman llunques y también traen plumas de avestruces [ñandús], y de que se vuelven llevan maíz y comida de los tratos que tienen”.<sup>21</sup>

Por lo tanto, concluimos que la cordillera era habitable y transitable, para grupos humanos que se desplazaban simplemente a pie.

Por otra parte cabe destacar que la cordillera de los Andes era más o menos transitable acorde a la crudeza invernal. Así Benjamín Vicuña Mackenna afirma que la Zona Central de Chile, en el siglo XVII, tuvo años muy lluviosos en 1609, 1618, 1647 y 1697.<sup>22</sup> Por ende en los años mencionados la cordillera andina acumuló mucho mas nieve y hielo. Los años de 1647 y 1697, corresponden al período frío de Maunder. El Mínimo de Maunder (1645-1715), fue el periodo de frío más extremo dentro de la Pequeña Edad del Hielo, la notoria disminución de la actividad solar, las erupciones volcánicas en aumento y las concentraciones de gases de efecto invernadero fueron los principales causantes del frio intenso en el Mínimo de Maunder.<sup>23</sup> En relación a este período de frío intenso, a través del Modelo de Circulación General (EdGCM) los científicos Reinaldo A. Maenza y Rosa H. Compagnucci, entregan antecedentes respecto al Cono Sur de América. Los resultados de su trabajo demuestran que las mayores anomalías ocurrieron en entre los meses invernales de mayo a octubre, en las latitudes medias y altas del Hemisferio Sur, las cuales eran aún mayores que en las del Hemisferio Norte para los meses de noviembre-abril<sup>24</sup> (véase Figura 2).

Hacia 1653, Diego de Rosales, anotaba que la estación cálida permitía que las caravanas de los pehuenches pudieran atravesar el río Biobío, pues “Desde enero comienzan a descubrirse sus vados y hasta marzo se van faci-

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 226.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 227.

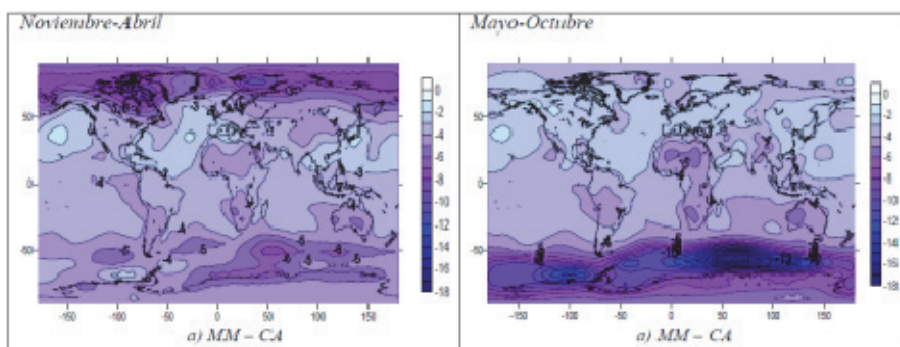
<sup>22</sup> Vicuña Mackenna, Benjamín, *El clima de Chile*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires-Santiago de Chile, 1970, pp. 25, 26, 32 y 34.

<sup>23</sup> Maenza, *et al.*, *op. cit.*, p. 79.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 84.

litando cada día más, y por mayo son los mejores. Dentro de la cordillera ay algunos que sirven para la comunicación y comercio de los indios Pegüenches, aunque por la rapidez y las grandes piedras son peligrosos”.<sup>25</sup>

Silvestre Antonio de Rojas, que habitó durante varios años entre pehuenches, informa a través de la toponimia indígena, que estos hombres andinos pese a su experticia estaban expuestos a la rigurosidad del ambiente en que residían: “el río llamado de los Ciegos, por unos indios que cegaron allí en un temporal de nieve”.<sup>26</sup> Estos hombres podrían haber sido sorprendidos por una tormenta inesperada debido a una inestabilidad climática ocasionada por el fenómeno de El Niño/ENSO.<sup>27</sup>



**Figura 2.** Anomalías de temperatura ( $T^{\circ}C$ ) entre Mínimo de Maunder y segunda mitad del siglo XX (semestre noviembre-abril, cálido para Hemisferio Sur, y semestre mayo-octubre, frío para Hemisferio Sur).

Fuente: Maenza, Reinaldo A. y Rosa H. Compagnucci, “Simulación de la Pequeña Edad de Hielo usando el modelo EdGCM”, en *Geoacta*, vol. 35, núm. 2, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, agosto-diciembre, 2010, p. 84.

<sup>25</sup> De Rosales, *op. cit.*, p. 266.

<sup>26</sup> De Rojas, Silvestre Antonio, “Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares, por el Tandil y el Volcán, rumbo de sudoeste, comunicado a la corte de Madrid, en 1707, por Silvestre Antonio de Rojas, que vivió muchos años entre los indios peguenches”, en Angelis, Pedro, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del río de la Plata*, tomo 2, p. 538.

<sup>27</sup> Como la que afectó a unos expedicionarios que pretendían cruzar su cargamento de sal a través del paso del Planchón en 1786. Véase Vera Rodríguez, José E., “El Niño/ENSO y la producción de sal de mar en Chile, siglos XVI-XVIII, artículo próximo a publicarse en *Revista Andes del Sur*, Universidad de la Frontera, Temuco, Chile.

Posteriormente, a mediados del siglo XVIII, debido al uso del caballo, el tráfico cordillerano a través de los pasos de Antuco y Villucura, realizado por los indios era aproximadamente desde noviembre hasta abril,<sup>28</sup> o bien, desde diciembre hasta mediados de abril.<sup>29</sup>

Respecto a años de anomalías lluviosas, en el siglo XVIII, hubo muchas precipitaciones en 1723 y 1783, y en relación al tercer período de frío de la Pequeña Edad del Hielo, el Mínimo de Dalton (1790-1820), se debe tener presente la observación hecha por el explorador Luis de la Cruz en 1806,

el cordón de los Andes, según todos los prácticos dicen, es mucho más bajo, cuanto más al sur corre o se allega. Por consiguiente, convienen en ello todos los indios pehuenches y guiliches que habitan en sus espacios y aun añaden que cuanto más al norte, se cierran más temprano de nieves, y se abren más tarde: es regular por la altura de las sierras.<sup>30</sup>

Esto, también lo consultó a los indígenas de mayor edad, los cuales lo confirmaron.

Por otra parte, cabe destacar el hallazgo del calendario pehuenche, realizado en el curso de esta investigación.

Respecto a la medición del tiempo, el economista y sociólogo estadounidense Jeremy Rifkin, en su obra *La Guerra del tiempo*, en relación al calendario, sostiene que los pueblos nómades paleolíticos utilizaron calendarios biológicos, basados en migración de manadas, “tiempos de gestación y madurez de las hierbas”.<sup>31</sup> Luego, afirma, en contraste las posteriores sociedades agrícolas y sedentarias pasaron a utilizar calendarios astronómicos. Sin embargo, los pehuenches, grupo humano semi nómade utilizaba un calendario dual, astronómico y biológico. Los pehuenches tenían un reloj para registrar los meses del año que implicaba una medición cósmica y biológica del tiempo, por una parte llevaban un cómputo a través de la luna y, por otra a través de la observación de la naturaleza<sup>32</sup> (véase Tabla 1). El año estaba dividido en doce *cuyenes* o meses lunares, y a la vez la mitad de los meses

<sup>28</sup> De Solano, Francisco, *Relaciones Geográficas del Reino de Chile, 1756*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Universidad Internacional SEK, Santiago-Madrid, 1994, p. 234.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 237.

<sup>30</sup> De la Cruz, *op. cit.*, p. 411.

<sup>31</sup> Rifkin, Jeremy, *Las guerras del tiempo. El conflicto fundamental de la Historia Humana*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1989, p. 98.

<sup>32</sup> Coincidentemente las antiguas civilizaciones de la humanidad, como la sumeria y la griega utilizaron el calendario lunar de doce meses. Véase Jedrzejewski, Franck, *Histoire universelle de la mesure*, Ellipses Edition, París, 2002, pp. 52, 72-73.

del año era determinada a través del brote de hierbas tales como la chilla —*Mulinum spinosum*— o la hierba de la perdiz —*Margyricarpus pinna-tus*— (véase Fotografías 1 y 2), existían cuatro meses en su calendario marcados por dichas hierbas, primero: abril (Tiempo de la hierba perdiz) y mayo (Tiempo en que sigue la hierba), seguidos por tres meses amargos, difíciles, que culminaban con efectos negativos en la población femenina de edad avanzada por causa del invierno: junio (Tiempo primero del cielo negro), julio (Tiempo segundo del cielo negro) y agosto (Mal tiempo para las viejas). Luego comenzaba un nuevo ciclo asociado a las hierbas: septiembre (Tiempo de brotes) y octubre (El brote crecido), celebrando cuando brota-



**Fotografía 1:** La chilla, neneo, hierba negra, hierba de la culebra (*Mulinum spinosum*), es una especie endémica de las cordilleras altas y bajas de Chile, desde Coquimbo al extremo sur, y desde San Juan y Mendoza hasta Santa Cruz en el lado argentino. Florece y fructifica desde noviembre a marzo. Planta medicinal y comestible.

Fuente: <[www.chileflora.com/Florachilena/FloraSpanish/HighRes/Pages/SH0165.htm](http://www.chileflora.com/Florachilena/FloraSpanish/HighRes/Pages/SH0165.htm)>

ban las plantas —a fines de julio— la mitad del año, con el vocablo *adantripantui* (se partió el año). Así dichas plantas deben de haber indicado el momento de desplazarse, estos pueblos sabían perfectamente donde pasar la estación de verano y la de invierno, a modo de ejemplo, la comunidad pehuenche del jefe Ancan durante los meses de verano ocupaba el valle occidental —en las inmediaciones de la mina de yeso— del paso del Planchón, y en invierno se situaba en las pampas al oriente de dicho paso.<sup>33</sup>

A diciembre le llamaban, “el de la necesidad” debido a que ya habían consumido los granos (trigo, maíz) que habían adquirido a través del intercambio con los hispanocriollos o con los mapuches, véase Tabla 1.



**Fotografía 2.** Hierba de la perdiz, o perlita, perllilla, ojo de perdiz (*Margyricarpus pinnatus*), planta arbustiva propia de la zona andina de Sudamérica, alcanza hasta treinta cm de alto y un metro de ancho, posee hojas perennes. Planta de uso medicinal y comestible.

Fuente: [www.botanicayjardines.com/margyricarpus-pinnatus/](http://www.botanicayjardines.com/margyricarpus-pinnatus/) y [www.chileflora.com/Florachilena/FloraSpanish/HighResPages/SH0368.htm](http://www.chileflora.com/Florachilena/FloraSpanish/HighResPages/SH0368.htm)

<sup>33</sup> Vera, José E., “Tráfico de sal desde las salinas del Diamante por el paso del Planchón, 1740-1790”, en *Revista chilena de historia y geografía*, núm. 167, Santiago, 2003, p. 118.

**Tabla 1**  
**Calendario Pehuenche**

<i>Cuyenes o meses</i>	<i>Equivalencia a meses del calendario occidental</i>	<i>Característica</i>
Gualenquiye	enero	Mes de calor
Ynanquiye	febrero	Tiempo segundo de calor
Atenquiye	marzo	Tiempo de piñones
Unemnimi	abril	Tiempo de la hierba perdiz
Ynamquiye	mayo	Tiempo en que sigue la hierba
Ynee-curiguenu	junio	Tiempo primero del cielo negro
Llaque-cuye	julio	Tiempo segundo del cielo negro
Peuquen	agosto	Mal tiempo para las viejas
Ynan-curiguenu	septiembre	Tiempo de brotes
Guta-paguin	octubre	El brote crecido
Guequilqueye	noviembre	Tiempo de desganchar
Villa-quiye	diciembre	Tiempo de necesidad

**Fuente:** Luis de la Cruz, *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes poseídos por pehuenches y los demás espacios hasta el río de Chadileubu.*

Los pehuenches entregaron a un explorador, de inicios del siglo XIX, una importante información sobre el clima andino que imperaba en sus territorios, observándose un invierno más tardío respecto al del siglo XVI:

Las cuatro estaciones del año, [...] son bien conocidas, y ellos las distinguen muy bien, [...] Desde que comienza la primavera, que ellos la aclaman, con el brote de los árboles, hasta pasado abril, llueve poco y no nieva. En mayo caen algunos aguaceros, y cortas nevazones, que alcanzan a las cimas, pero se deshacen las nieves con prontitud. A principios de junio ya frecuente uno y otro, se cubren todos los montes de blanco, esparciéndose en los meses subsiguientes las nieves hasta algunos bajos, y esto dura hasta fines de agosto, o principios de setiembre, que ya se empieza a trajinar, tanto por los indios como por los españoles.<sup>34</sup>

<sup>34</sup> De la Cruz, *op. cit.*, p. 409.

También los indígenas se encargaron de aclarar que las nevazones no caían al oriente de los Andes, y afirmaron que allí caía granizo, especialmente en primavera y, que desde mayo a octubre llueve, “pero no en temporales deshechos como en Chile, que duran ocho y más días, porque acá uno o dos son las aguas, y después abonanza”.<sup>35</sup>

En la estación de invierno debe por lo natural ser aquél un clima frigidísimo; pero también es cierto, que deben aminorarlo los muchos minerales que allí abundan, y lo abrigado de los vientos que es aquel lugar en las más partes por el encadenamiento de los montes”.<sup>36</sup> Por su parte, Luis de la Cruz comenta que al momento de salir al occidente de la cordillera de los Andes, “son mucho mayores los vientos y fríos; y por consiguiente los calores más activos, cuando el día o noche está en calma.”<sup>37</sup>

Sin embargo, los tiempos siguieron cambiando, pues en 1850, el ciudadano argentino Juan de Dios Benites, de oficio curtidor y vecino de la ciudad de Los Ángeles durante once años, expresó que los pehuenches cruzaban las montañas andinas en el mes de abril, y que alrededor de 500 indios residían en el lado occidental de la cordillera y traficaban hacia el lado oriental.

Por otra parte, Luis de la Cruz también observó que el clima andino era saludable, “pues no hay enfermedad común que conozcan aquellos habitantes”.<sup>38</sup> Consideró que el agua, la carne, y la hierbas eran de buen sabor y nutritivas. Ello se manifestaba en que los montañeses eran robustos, y que sus ganados eran hermosos, sanos y corpulentos. También, anotó que era muy excepcional que un indígena muriera joven, de enfermedad natural, pues la mayoría de los nativos mayores de cincuenta años representaban menos de treinta. Por ejemplo, “el cacique Manquelipi, que me pareció hombre de veinticinco años, y después me contó que el año de 68 era ya hombre guerrero”.<sup>39</sup> También comprobó la longevidad y el buen estado de salud de este pueblo cordillerano:

Toda esta nación vive sin cuidados ni fatigas; y siendo de complejiones fortísimas, como he dicho, por causa del temperamento, a más de los 60 años empiezan a encanecer: tampoco se arrugan, ni encalvecen hasta muy viejos. Hay muchos septuagenarios, y todavía conservan el rostro entero, la dentadura completa y la cabeza cubierta.<sup>40</sup>

<sup>35</sup> *Ibidem*.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 410.

<sup>37</sup> *Ibidem*.

<sup>38</sup> *Ibidem*.

<sup>39</sup> *Ibidem*, pp. 410-411.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 440.

También pudo comprobar que los alimentos duraban mucho más tiempo sin corromperse, “la carne fresca me duró intacta, y con el mismo gusto de fresca trece días, sin embargo de cargarse encostalada y de haber pasado esos días calores fuertes. Lo mismo sucede con las frutas que los indios traen de nuestras fronteras, que se secan antes de corromperse”.<sup>41</sup>

Sobre la estatura de los pehuenches Luis de la Cruz estima que medían en general alrededor de dos varas (1.68m), que eran más robustos y fuertes que los demás indígenas. Asegura que no vio ninguno deforme pero sí a muchos enfermos de la vista, patología que el explorador atribuyó al gusto de los indígenas de calentarse al lado del fuego, y a bañarse cuando más calor tenían o por los aires sutiles y delgados, que recibían siempre cálidos.<sup>42</sup> Ello en realidad se debía a su habitual deambular en medio de la nieve y el hielo.

### *Los pehuenches y el Paso de Antuco*

Actualmente el paso de Antuco, recibe el nombre oficial de Paso Pichachén, está situado en 37° 27' latitud Sur y 71° 08' longitud Oeste, alcanza una altitud de 2,062m y se encuentra situado al oriente de la ciudad de Los Ángeles.<sup>43</sup> Actualmente este paso está abierto al público desde diciembre a abril.<sup>44</sup>

Los pueblos indígenas montañoses también contaban con otros recursos de valor económico, y el propio Rosales lo constató personalmente en 1653:

Los indios puelches, que viven de la otra banda de la sierra nevada, por aquella parte que corre por línea paralela con la ciudad de Chillán, tienen una mina de sal que llaman Gemma los metalarios, o de piedra transparente como un cristal. Repátese en varias vetas, unas azules, otras verdes, otras rojas, otras cabelladas; los colores ondeados y jaspeados que forman una graciosa vista. Esta sal es maciza y apretada, por lo qual es más restrictiva y no se derrite tan presto como la que se quaxa de agua.<sup>45</sup>

Y eso no era todo, pues pudo apreciar otros yacimientos salinos: “Poco más arriba están otras celebres salinas que fui a ver [...] donde ay sal en

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 411.

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 439.

<sup>43</sup> Unidad de Pasos Fronterizos. Gobierno de Chile, en <[www.pasosfronterizos.gov.cl/cf\\_pichache](http://www.pasosfronterizos.gov.cl/cf_pichache)>.

<sup>44</sup> *Ibidem*.

<sup>45</sup> Rosales, *op. cit.*, p. 212.



grano, blanca como la nieve, en tanta cantidad que pueden cargar navios Della sin agotarla. Llamen estas salinas Chadigue, que significa tierra de sal".<sup>46</sup>

El conocimiento de la existencia de este recurso económico a mediados del siglo XVII, hizo que se intensificara el tránsito por la cordillera, con la finalidad de traficar ese elemento como otros:

Es grande el concurso de indios que van a estas salinas por sal para su gasto y para contratar en diversas provincias, y a Chillan traen los Puelches sal, piedras vezares y plumeros para feriar por cosas de poco valor. Ay caciques Puelches que son señores de aquellas tierras y salinas, y todos los que van por sal les piden licencia y les dan alguna paga, y sino ellos se pagan de su mano hurtándoles los caballos y comiéndoselos. Y assi los indios forasteros les dan siempre algun caballo ya manco para que se lo coman, porque no les cojan los buenos y se los maten.<sup>47</sup>

Además, una vez que la actividad bélica fuera reemplazada por la paz, los pehuenches también utilizaron, entre otros, los pasos cordilleranos de Ñuble para ir a comerciar la sal que extraían desde las salinas situadas al sur de la provincia de Cuyo. Según los investigadores Osvaldo Silva y Eduardo Téllez, inicialmente trabajaron la sal en forma esporádica, pero pronto acabaron instalándose a vivir en torno a las salinas a mediados del siglo XVII; y los pehuenches, incluso, durante esa centuria desarrollaron una intensa movilidad hacia el norte, pues ya estaban radicados en los alrededores del cerro Nevado.<sup>48</sup> Entre sus intereses para desplazarse hacia tierras más nortinas, estuvo la captura de caballos y vacunos, el saqueo de estancias de Cuyo y el anhelo de apropiarse de las salinas existentes desde el río Atuel al sur, agregándose el estímulo del buen precio de la sal en Chile occidental.<sup>49</sup>

Las actividades de intercambio se fueron acrecentando conforme pasó el tiempo, por ello Luz María Méndez Beltrán, afirma que durante el siglo XVIII se produjeron nexos económicos más frecuentes entre criollos y mestizos con grupos de mapuches y pehuenches, en la macrozona del Maule hasta La Araucanía. En aquel macroespacio, en dicha centuria se dio una mayor convivencia, se desarrollaron contactos muy singulares. Los indígenas viajaban a las villas, plazas militares, fuertes y misiones para entablar conver-

<sup>46</sup> *Ibidem*.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 213.

<sup>48</sup> Silva Galdames, Osvaldo y Eduardo Téllez Lúgaro, "Los pewenche: identidad y configuración de un mosaico étnico colonial", en *Cuadernos de Historia*, núm. 13, Universidad de Chile, Santiago, 1993, p. 25.

<sup>49</sup> *Ibidem*, pp. 26-27.

saciones con las autoridades como también para transar sus animales, productos artesanales y, sal, además, por otra parte, criollos y mestizos se desplazaban a los territorios indígenas para efectuar actividades económicas y misiones evangelizadoras y, también otros se radicaban a vivir entre los nativos.<sup>50</sup>

La sal proveída por los indígenas montañeses permitió que se convirtiera en un producto económico de primer rango durante el período colonial, tanto entre los hispanos como en los grupos indígenas de la zona de la Frontera.<sup>51</sup>

En efecto, los pehuenches habían adoptado tempranamente una disposición o aptitud comercial. Ya hacia 1707, el español Silvestre Antonio de Rojas detectaba esa disposición cuando afirmó que los indígenas la ejercían comerciando con la fantástica y mítica Ciudad de los Césares: “habita multitud de indios, llamados pehuenches. Usan lanza y alfanje, y suelen ir a comerciar con los Césares españoles”.<sup>52</sup> Esta idea se arraigó con fuerza, lo demuestra el testimonio del comisario de naciones Ignacio Pinuer, quien en 1777 decía que los habitantes de la Ciudad de los Césares, habían “tenido comercio con los pehuenches, igualmente que con los indios de nuestra jurisdicción por la necesidad de sal”.<sup>53</sup>

En lo concerniente al conocimiento sobre el meridional camino de larga distancia que conectaba Concepción con Buenos Aires a través del paso del volcán Antuco, el ingeniero francés Amadeo Frezier, que estuvo de paso en Chile, comentó, hacia 1713, que era un paso más fácil para cruzar la cordillera e inclusive que el viaje a Buenos Aires era bastante más corto: “por ahí

<sup>50</sup> Méndez Beltrán, Luz María, “La Organización de los parlamentos de indios en el siglo XVIII”, en Villalobos, Sergio R., *et al.*, *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1982, p. 110. Además, Luz María Méndez sostiene que los habitantes de los fuertes españoles de la frontera, subsistían con carne vacuna, charqui, verduras, legumbres, bizcocho y sal. Méndez Beltrán, Luz María, “Trabajo indígena en la frontera araucana”, en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Colonia, Alemania, núm. 24, 1987, p. 228.

<sup>51</sup> Silva Galdames, *et al.*, *op. cit.*, p. 25.

<sup>52</sup> De Rojas, *op. cit.*

<sup>53</sup> “Resumen de una relación muy extensa que hizo el capitán de infantería Don Ignacio Pimuer, Lengua General de la Plaza de Valdivia, al Presidente de Chile, don Agustín de Jauregui, que trataba de sobre las pesquisiones realizadas en su ciudad de residencia, que hizo de una ciudad poblada de españoles y rodeada de en medio de los indios comarcanos de Valdivia, en cuya residencia estaba viviendo”. Citado por León, Leonardo, “Los parlamentos del toqui pehuenche Ancanamun de Malalhue: Concepción y Mendoza, 1781-1784”, en *Cuadernos de Historia*, núm. 19, Universidad de Chile, Santiago, 1999, p. 62.

se acorta mucho el camino i se hace el viaje en diez semanas a Buenos Aires”.<sup>54</sup> Ya en esta época, este era uno de los boquetes por donde se traficaba sal y ganado hacia Chile occidental.

En 1724, algunos pehuenches hicieron en la zona de la Isla de la Laja, en el Palpal, el negocio de intercambiar un cargamento de sal por 200 caballos. Años más tarde, hacia 1755, los pehuenches eran grandes proveedores de sal para los fuertes españoles situados en las inmediaciones del río Biobío. Por ejemplo, el Fuerte de San Miguel de Colcura, que era visitado entre los meses de octubre a marzo de cada año por alrededor de 400 pehuenches, los que llegaban en grupos de a diez, veinte o treinta personas, con ponchos y sal, productos que cambiaban por trigo, ganado, vino y caballares. Asimismo, visitaban otras fortificaciones como las de Talcamávida, Yumbel y Tucapel.

Un aspecto de interés es el relativo a la equivalencia de la fanega o carga de sal que se traficaba por Antuco y Villucura, respecto al sistema métrico decimal.

El explorador penquista Luis de la Cruz afirmó, en 1810, que la piedra grande de sal de Huacho (Perú) equivalía a 5 almudes (41.5 k), y que cada almud de esa sal se vendía a 2.5 reales, por lo tanto, la piedra entera tenía un precio de 12.5 reales o sea un peso y medio.<sup>55</sup> Agregó que la carga o fanega de sal de ultracordillera, proveniente de las salinas de los pehuenches, era de 16 almudes y que se vendía al precio de cinco pesos.<sup>56</sup> Esto revela que la sal trasandina competía en calidad y precio con la sal peruana.

Los pehuenches realizaron el aprovisionamiento de sal, a los diversos fuertes españoles de la zona de la frontera. La cantidad de sal que llevaban variaba acorde a las necesidades, como también, al número de habitantes. Hacia 1755, en Talcamávida proveían 52.9 toneladas de sal; a Yumbel llegaban con una cantidad superior a las 600 fanegas (79.4 toneladas) y a Tucapel alrededor de 52.9 toneladas.<sup>57</sup> Varias décadas después, en 1795, se

<sup>54</sup> Frezier, Amadeo, *Relación del viaje por el mar del sur a las costas de Chile i el Perú durante los años de 1712, 1713 i 1714*, p. 45.

<sup>55</sup> Es una aproximación, pues se calculó en base al almud de sal de Concepción, equivalente a 8.3 kilos.

<sup>56</sup> ACGa, “Don Luis de la Cruz sobre apertura de un camino de Concepción a Buenos Aires, 1810”, vol. 33, Fs. 56v.

<sup>57</sup> De Solano, *op. cit.*, pp. 224, 228, 234, 236 y 237. Se calculó la cantidad en base a la fanega de sal de 16 almudes (132.3 kilos), considerando términos de cantidad total acumulada. El cálculo de la fanega de sal en el sistema métrico decimal se remonta a la investigación realizada por el autor. Véase Vera Rodríguez, José E., “Sal y sociedad. Las salinas de Boyeruca, 1644-2001”, tesis para optar el grado de Magíster en Historia, Uni-

registraron diversos productos traficados por los pasos de Antuco y Villucura, destacando la sal con un total de 807 cargas (106.7 toneladas), de las cuales los hispanocriollos transportaron 11.5 toneladas. En cambio los pehuenches traficaron 74.6 toneladas por Antuco y 20.6 toneladas por Villucura. Un testigo de la época, Vicente Carvallo y Goyeneche informaba que de ultracordillera se traficaba hacia la zona del Obispado de Concepción entre 3,000 a 5,000 fanegas de sal, es decir entre 396.9 a 661.5 toneladas.<sup>58</sup>

Y en la región de Concepción los indios se abastecían de ganado vacuno, ovino y caballar; también obtenían trigo, vino, fierro, cobre y plata labrados, sombreros, paño, bayeta, seda y añil. Otros elementos de interés para los nativos, eran algunas manufacturas de procedencia europea, tales como las chaquiras.<sup>59</sup> Por ejemplo, en el caso de la Plaza de Yumbel, situada a 20 leguas (90km) de Concepción, para subsistir los vecinos practicaban el comercio con: “los indios de tierra adentro y serranos, que unos y otros salen los veranos por muchos pasajes de vados que tiene el río a distancia de la plaza, y algunos por la balsa que allí se mantiene”.<sup>60</sup> Los mapuches de La Araucanía, llevaban a Yumbel “muchos ponchos a cambiar por vino, vacas, paño, pañete, lienzo de que usan mantillas en sus fiestas las indias; añil, curalies y otros efectos que ellos aprecian”.<sup>61</sup> En tanto, los pehuenches iban con ponchos y sal para cambiar por trigo y yeguas: “carne la más apreciable para ellos, y al recojo que hacen estos vecinos de ponchos y sal concurren comerciantes que les llevan cuanto les falta, como también a los soldados por el dinero de sus sueldos, debiendo advertir que a la tierra de los indios entran todos los años a conchavar con géneros que ellos apetecen muchísimos españoles por cuya razón son tan baquianos de sus tierras como ellos mismos”.<sup>62</sup>

Ya por 1760, los pehuenches habían creado una estructura socioeconómica que estaba lejos de la idea de ser simples cazadores y recolectores,

versidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Santiago, 2003. Publicada en Tesis Electrónicas de la Universidad de Chile: <www.cybertesis.cl>, pp. 27-28.

<sup>58</sup> Carvallo y Goyeneche, Vicente, “Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile”, en *Colección de Historiadores de Chile*, Imprenta de la Librería del Mercurio, Santiago, 1875, tomo X, p. 94 y 161. La carga o fanega fue calculada conforme a la señalada por Luis de la Cruz en 1810, quien afirmó que la fanega era de 16 almudes (132.3 k). Véase Archivo Nacional (en adelante AN, Fondo Claudio Gay (en adelante FCGy), “Don Luis de la Cruz sobre apertura de un camino de Concepción a Buenos Aires, 1810”, vol. 33, Fs. 56v.

<sup>59</sup> Méndez Beltrán, *op. cit.*, p. 155.

<sup>60</sup> De Solano, *op. cit.*, p. 234.

<sup>61</sup> *Ibidem.*

<sup>62</sup> *Ibidem.*

pues se habían convertido en un pueblo de ganaderos, artesanos, mineros y comerciantes de la sal, la que con la ayuda de sus mujeres comerciaban con los españoles. Por ejemplo, un aspecto muy valorado por los hispanocriollos era la herbolaria del lado occidental andino: “Es comunísimo entre los españoles ponderar las actividades de las yerbas medicinales de la cordillera, y es cierto que con este título se llevan a Concepción la cachanlagua, naneu, violeta, doradilla, zarza, etc”.<sup>63</sup> A su vez los indios para teñir sus lanas, utilizaban la polcura y el relbun para hacer el colorado, y del

robo pangué-manques, y de una enredadera que llaman quintral, para el negro del añil, que compran entre nosotros, para azul y verde, con la distinción, que para el verde dan con añil a los hilos un color sajón, y de esta suerte los echan en la tinta de amarillo, y salen verdes. No usan más colores en sus manufacturas o tejidos que estos cinco.<sup>64</sup>

Además, Luis de la Cruz manifestó que otras agrupaciones étnicas como las de Mamilmapu y pampas les compraban las tinturas a los pehuenches y huilliches.

Aunque el investigador Jorge Pinto afirma que la economía de los indios era de tipo tribal, comprensión que se puede discutir como una expresión más antigua que la recibida por esta investigación para el siglo XVIII. Se puede observar que los pehuenches eran habitantes del mundo rural y se puede asociar aquello con la idea expresada por Fernand Braudel respecto a los campesinos: “El campesino que comercializa personalmente con cierta regularidad una parte de su cosecha y compra regularmente herramientas y ropas forma parte ya del mercado”.<sup>65</sup> En este sentido hacia 1780:

A las tolderías también había llegado el aliento incipiente del capitalismo, generando las sutiles redes que capturaban a las economías domésticas de los rehues de acuerdo con la lógica del mercado. Se tejía y se producía para vender, mientras que el azúcar, la hierba mate y el tabaco, los granos y el alcohol, las armas de fuego y las herramientas de hierro, los objetos de plata y las monedas ya no eran más un lujo, sino bienes necesarios. La crea y el paño de Quito, las espuelas, sables y cuchillas, en fin, los innumerables artículos que constituían la carga de los bargueños de buhoneros y comerciantes o que se

<sup>63</sup> De la Cruz, *op. cit.*, p. 428.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 430.

<sup>65</sup> Braudel, Fernand, *La Dinámica del Capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1994, p. 25.

apilaban en los estantes de las pulperías fronterizas, eran bienes que los pehuenches buscaban con avidez.<sup>66</sup>

Su estilo de vida, en el cual ya estaba incorporado el trabajo y la ganadería, fue descrito a mediados del siglo XVIII de esta manera: “Las Bacas ovejas y cabras que crían son corpulentas y del ganado ovejuno cosechan hermosa lana”.<sup>67</sup> Respecto a los ovinos, Juan Ignacio Molina, informa que los pehuenches mezclaron chivos con ovejas y habían producido una raza intermedia que era más grande que la oveja común que rendía un pelaje muy largo y suave similar al de la cabra angora.<sup>68</sup>

Y respecto al trabajo desarrollado por las mujeres pehuenches, “del ganado ovejuno cosechan hermosa lana. Su frecuente labor es [...] texer ponchos y mantas”, y los hombres trabajaban tallando platos y bateas de madera, llamados *rales*, cuidaban las caballadas y sus crías, cosechaban sal en muchas lagunas salineras, cosechaban los piñones en los parajes en que había araucarias o pehuenes, cazaban algunos ñandúes y con las plumas confeccionaban plumeros, también hacían riendas de pieles de guanaco, y cabestros muy pulidos; todos estos productos eran destinados al comercio con los hispanocriollos “a ciertos tiempos en determinados parajes a las raíces de la Cordillera”.<sup>69</sup> Describía ese autor además, la forma mediante la cual se realizaba el intercambio:

El arreglo de su comercio es por conmutaciones cambiando unas especies por otras razón porque los españoles concurren llevando sacos de Trigo cevada y otros granos sombreros paños ahujas añil y otros tintes en lo que traban su comercio cambiando una saca de sal por una de trigo y a esta proporción los demás géneros. En el tiempo de estas ferias se pone el mayor cuidado por los c[om]andantes de la frontera invigilando no se mezcle el comercio ilícito de armas ni otras especies prohibidas por vandos con lo que se desnerva en parte la fuerza de estos Indios.<sup>70</sup>

Varias décadas después, el jesuita penquista Felipe Gómez de Vidaurre elaboró una nómina de los artículos que acostumbraban pedir los indígenas:

<sup>66</sup> León Solís, Leonardo, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1991, p. 137.

<sup>67</sup> De Amat y J., *op. cit.*, núm. 59, 1927, pp. 371-372.

<sup>68</sup> Molina, Juan Ignacio, *Ensayo sobre la Historia Natural de Chile*, Bolonia 1810, Primera traducción del original italiano, prólogo y notas del profesor doctor Rodolfo Jaramillo, Ediciones Maule, Santiago, 1987, p. 304.

<sup>69</sup> De Amat y J., *op. cit.*

<sup>70</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 372.

El comercio de los españoles con los indios se reduce a llevarles a éstos agujas, cascabeles, algunas planchas de plata en forma de pendientes, añil, vino, frenos, espuelas, y no falta quien también les lleve sables; y sacan de ellos algunas cabezas de ganado, alguna lana, ponchos hasta sesenta mil al año, algunos caballos, plumas de avestruz, cestos curiosamente labrados y otras muchas bagatelas.<sup>71</sup>

Por su parte, otro contemporáneo, Vicente Carvallo y Goyeneche, entrega, a fines del siglo XVIII, interesantes antecedentes sobre las características del trueque: los pehuenches expresaban claramente y sin engaño lo que creían que era un justo modelo de cambio: “Presentan los costales de sal i piñones poco más de médios, i los demandan llenos de trigo, precediendo el humedecerlos para que cojan más cantidad, i las cestas, palanganas i barreños van por el grano que cabe en ellas”.<sup>72</sup>

El explorador Luis de la Cruz hizo también precisos análisis sobre la actividad comercial de los indígenas y sobre el efecto que el ejercicio del comercio había tenido en ellos. Decía: “Antes del año 70 no estaban estos indios tan docilitados como ahora”; porque en aquellos años los españoles les daban menor apoyo contra los huilliches que en 1810.<sup>73</sup> Además, dejaban a los hispanocriollos ir a sacar sal, “y si entonses se prestaban gustosos a que entrasen nuestros españoles por ella, y a sacarla ellos mismos para permutarla entre nosotros, como podremos juzgar que en la época pongan dificultad a su exportacion?”<sup>74</sup>

En el curso de unas cuantas décadas, el comercio con el mundo hispanocriollo había producido un proceso de transculturización, parecido a lo ocurrido durante los años de dominación del Imperio inca en las latitudes de su frontera austral. Luis de la Cruz lo señala de la siguiente manera, a partir de 1770: “el comercio entonses no los habia engolosinado con la utilidad que les reporta de vendernos sus texidos, y animales, ni habian entrado en el uso de sombreros, pañuelos, y otras especies de que oy visten para asemejarse a los españoles prueba de la estimacion con que nos miran”.<sup>75</sup>

Este pueblo de montañeses andinos, en esa época había adquirido la calidad de artesano, pues los pehuenches mediante un hacha pequeña, llamada *cachal*, y una pequeña azuela denominada *maichihue*, elaboraban bancos,

<sup>71</sup> Gómez de Vidaurre, *Felipe, Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile*, Imprenta Ercilla, Santiago, 1889, 2 vols., tomo 2, p. 315.

<sup>72</sup> Carvallo y Goyeneche, *op. cit.*, tomo X, p. 162.

<sup>73</sup> AN, FCGy, “Don Luis de la Cruz sobre apertura de un camino de Concepción a Buenos Aires, 1810”, vol. 33, Fs. 52.

<sup>74</sup> *Ibidem*, Fs. 52.

<sup>75</sup> *Ibidem*, Fs. 55.

vasos, platos, cucharas, artesas, barreños, sillas de montar a caballo, yugos y arados, sin pulir. Las mujeres laboraban en alfarería: ollas, platos, tinajas y cántaros. Y confeccionaban cestas de mimbres y de cañas. Se socorrían mutuamente, y no había entre ellos ni mendigos ni andrajosos.<sup>76</sup>

### *Tráfico y comercio hispanocriollo a través del Paso de Antuco*

Por su parte, también los hispanocriollos realizaron viajes en busca de la sal de ultracordillera, cruzando con caravanas de mulas los pasos más meridionales.

El historiador Sergio Villalobos informa que comenzaron a cruzar la cordillera para hacer transacciones comerciales con los pehuenches. Hacia 1736, el comandante del Fuerte Tucape, pese a estar prohibida la venta de vino, hierro y caballos a los indígenas, ejercía ese comercio a través de dos subordinados. Y al menos en tres ocasiones, envió cargas de vino, espuelas, fierro y caballos.<sup>77</sup>

A mediados del siglo XVIII, se dio la posibilidad de conceder licencias para extraer sal de ultracordillera en la zona del paso de Antuco. En efecto, en noviembre de 1765, debido a los efectos de El Niño/ENSO la escasez de sal se hizo patente en la zona de Concepción y mucha gente acudió ante el maestre de campo general del Reino, Salvador Cabrito, solicitando ir a las salinas de los pehuenches a sacar sal.<sup>78</sup> Como él no se sentía con autoridad para otorgarles el permiso, preguntó a las autoridades superiores del Reino. La solicitud fue aprobada, con la condición de que concediera licencias sólo a gente conocida y no se aprovechara de dicha situación para internar especies prohibidas a los indios. Además, fue notificado que tendría que enviar una lista con la nómina de las personas autorizadas, al finalizar cada año.<sup>79</sup>

Sin embargo, los empresarios aventureros hispanocriollos quedaban expuestos al saqueo de sus bienes, así ocurrió hacia 1769: perdieron 500 mulas con su cargamento.<sup>80</sup> Lo anterior comprueba además que los expedicionarios iban en pos de 500 cargas de sal (66.1 toneladas).

<sup>76</sup> Carvallo y Goyeneche, *op. cit.*, tomo X, p. 161.

<sup>77</sup> Villalobos R., Sergio, *Los Pehuenches en la vida fronteriza*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1989, p. 41.

<sup>78</sup> Vera Rodríguez, José E., "El Niño/ENSO y la producción de sal de mar en Chile, siglos XVI-XVIII, artículo próximo a publicarse en *Revista Andes del Sur*, Universidad de la Frontera, Temuco, Chile.

<sup>79</sup> AN, Archivo Capitanía General, (en adelante ACG), "Salvador Cabrito: Sobre licencia para extraer sal. Concepción, 21-11-1765", vol. 643, Fs. 110-110v.

<sup>80</sup> Villalobos R., *op. cit.*, p. 129.



En 1793, también existió un intento oficial del gobierno de Chile por hacer una expedición compuesta por una caravana de unas 4,000 mulas para ir a buscar alrededor de 529.2 toneladas de sal a las salinas de ultra cordillera, los pehuenches dieron su consentimiento, pero finalmente se declinó hacerla.<sup>81</sup>

Un destacado emprendedor y hombre de empresa que se atrevió a hacer intercambios con los pehuenches fue Alejo Dinamarca; individuo que, según el investigador Daniel Moroni Stewart, llegó a tener una pequeña fortuna basada en el negocio de la sal, lo cual le permitió adquirir tierras para él y su familia.<sup>82</sup>

Asimismo, en 1795, siete pequeños empresarios aventureros hispano-criollos de la zona de Los Ángeles traspasaron la cordillera. De ellos, cuatro eran traficantes salineros y regresaron con 87 cargas (11.5 toneladas) de sal, 179 caballos y ocho mantas por el Paso de Antuco.<sup>83</sup> Para comerciar habían llevado ocho cargas de trigo, 10 de vino y 112 caballares. De estos empresarios salineros, uno de los minoritarios fue Antonio Torres, que con dos peones, 13 caballos y dos cargas de vino, retornó con 17 cargas (2.2 toneladas) de sal y 24 caballos. El otro pequeño empresario era Leandro Jara que, con tres mozos, 23 caballares y dos cargas de vino, volvió con 12 cargas (1.6 toneladas) de sal, 38 caballos y dos mantas.<sup>84</sup>

Los dos más importantes eran: Alejo Dinamarca, que contaba con seis mozos, 40 bestias, cuatro cargas de trigo y dos de vino; volvió con 30 cargas (3.9 toneladas) de sal, 49 caballos y dos mantas; el otro era Justo Molina, que también disponía de seis peones y 42 caballares, pero que llevó solamente dos cargas de vino, y curiosamente, regresó con 28 cargas (3.7 toneladas) de sal, 42 caballos y tres mantas. Acaso Justo Molina que era un baqueano y hábil negociante regresó con la sal gratuitamente y ¿uso el vino para hacer trueque?, o ¿lo usó para comprar las voluntades de los indios, para que éstos no molestasen a los expedicionarios? O tal vez, dados sus vínculos de amistad con los pehuenches, había realizado tratos de antemano con ellos.<sup>85</sup>

<sup>81</sup> Méndez Beltrán, *op. cit.*, p. 122.

<sup>82</sup> Stewart, Daniel M., "La creación de una sociedad colonial rural: La formación de la alta frontera, Antuco 1680-1840", presentado en las VII Jornadas de Historia Colonial de Chile, Santiago, 21-23 abril de 2010, p. 10.

<sup>83</sup> Villalobos R., *op. cit.*, p. 167.

<sup>84</sup> *Ibidem.*

<sup>85</sup> Vera Rodríguez, José, *La relevancia de la sal en las sociedades del Cono Sur de América. Rutas, traficantes, productores y usos, 1750-1850*, tesis para optar al grado de doctor en Historia, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Santiago, 2011, p. 200.

Esta muestra de empresarios aventureros que iban en pos de la sal y de otros bienes, sirve de ejemplo para evidenciar una realidad cotidiana de relaciones de intercambio en la zona fronteriza de Antuco, en la cual la sal jugaba un papel relevante.

Justo Molina Vasconcelos fue un pequeño empresario aventurero de fines del siglo XVIII e inicios del XIX, vinculado a la zona de Los Ángeles y Antuco. Además de haber incursionado en el negocio de la sal de allende los Andes, fue un explorador nato. Esos viajes en pos de la sal fueron vitales para ir entablando una amistad duradera con los dueños de los territorios en que estaba el cloruro de sodio, es decir, los pehuenches. Esa relación le permitió recorrer diversas áreas trasandinas. Hacia 1798 con el apoyo del intendente de Concepción, Luis de Alava, realizó una expedición para “descubrir el camino de Mendoza”, ruta por la cual solían desplazarse los pehuenches.<sup>86</sup> Para hacer el reconocimiento de ese camino contó con el apoyo de su amigo, el cacique Butacolimilla, que ejerció de guía. Al año siguiente, en 1799, emprendió otro viaje exploratorio, junto a 105 pehuenches recorrió durante 17 días las riberas del río Neuquén. De estas expediciones breves fue adquiriendo la experiencia para efectuar los dos grandes viajes con los cuales intentó descubrir el camino de los indios que conectaba a Concepción con Buenos Aires.

Eduard Poeppig afirmaba, hacia 1829, que a fines del período colonial, tres o cuatro caravanas se dirigían anualmente desde la zona de Antuco con “algunas centenas de mulas cargadas hasta muy adentro en los Andes, para reunirse en determinados lugares con los indios”, para suministrar a los indígenas transhumantes, trigo, maíz, artículos de ferretería y chaquiras, recibiendo por medio del trueque sal y ganado.<sup>87</sup> Además, menciona que por medio de ese comercio, entre otros productos, también se obtenía algo de azufre y cobre, sin embargo, destacó que el bien máspreciado era el cloruro de sodio: “su objeto más importante fue la sal”.<sup>88</sup>

El historiador Marcello Cargmanani afirma que a mediados del siglo XVIII los comerciantes de Concepción iban a comprar ya mediante bienes ya por medio de dinero, lo que los locales habían conseguido transar con los indios, es decir, sal, ponchos y vasijas, entre otros.<sup>89</sup> Por su parte, Jorge

<sup>86</sup> AN, ACG, “Diario de viaje de Justo Molina”, vol. 706, Fs. 110v.

<sup>87</sup> Poeppig, Eduard, *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)* (versión castellana, notas e ilustraciones de Carlos Séller R.), Zigzag, Santiago, 1960, p. 386.

<sup>88</sup> *Ibidem*, p. 387.

<sup>89</sup> Carmagnani, Marcello, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial. Chile 1680-1830*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 2001, pp. 222-223.

Pinto Rodríguez, destaca el tráfico de la sal, reconociendo que era fundamental para la elaboración del charqui y agrega que para el siglo XVIII “podemos afirmar que la economía indígena y la economía capitalista se habían convertido en dos economías complementarias y dependientes”.<sup>90</sup>

Por otra parte, según la descripción del trayecto realizado por el explorador chileno Justo Molina Vasconcelos (Tucapel, 1745-Isla Quiriquina, 1817),<sup>91</sup> desde el Fuerte Antuco, el camino que conducía a las Salinas Grandes, comenzaba con una ruta que en sus primeros 3.7 kilómetros abarcaba tramos de arena, piedra pequeña y escoria, como también un trecho de buen camino en el sector de Chacay. De ahí en adelante se configuraba una estrecha senda cordillerana en la cual durante 4.5 kilómetros apenas podía transitar un caballo, luego el camino proseguía por un área de escoria volcánica, continuando enseguida un tramo de 18 kilómetros apto para uso de carretas. En seguida doblaba hacia el sur hasta llegar a un punto denominado la Cueva (km 26.2),<sup>92</sup> desde allí la ruta continuaba nueve kilómetros más al sur, hasta llegar al estero del Pino. Desde ese lugar proseguía un camino donde podían transitar carretas hasta 4.5 kilómetros por una loma de arena, luego la ruta desembocaba en el valle del Renileubu, continuando por el cajón de este curso fluvial en una senda arenosa en dirección norte hasta llegar a un lugar denominado Moncol. Desde este paraje se avanzaba 27 kilómetros hasta llegar al río Tocomán (km 66.7). El camino era “algo disparatejo, y [con] algunas quebradas pequeñas”, como también “llano en partes, y en otras sus quiebras de lomitas pequeñas”.<sup>93</sup> Desde el Tocomán, donde invernaba una comunidad pehuenche, la ruta proseguía durante 22.5 kilómetros, que en parte podían ser transitados por carretas, hasta llegar al

<sup>90</sup> Pinto Rodríguez, Jorge, “Araucanía y Pampas. Una economía fronteriza en el siglo XVIII”, en *Boletín de Historia y Geografía*, núm. 14, Universidad Católica Blas Cañas, Santiago, 1998, p. 203.

<sup>91</sup> Justo Molina Vasconcelos, militar, en 1773 fue nombrado capitán de milicias de la Frontera, luego en 1781 alcanzó el grado de capitán de caballería de milicias en el Fuerte de Tucapel Nuevo. También desempeñó un importante rol como explorador, efectuando diversos viajes de reconocimiento en la zona andina de Antuco y Chillán. En 1798 exploró junto al cacique pehuenche Butacolimilla los senderos de los Andes orientales. En 1804 emprendió un viaje desde la cordillera de Chillán hasta Buenos Aires, y retornó a Chile a través del paso de Antuco. En 1806 volvió a hacer un viaje a Buenos Aires vía paso de Antuco, esta vez como guía del viajero Luis de la Cruz. La Corona lo premió por el aporte de sus viajes con tierras en Tucapel. También ejerció como traficante de sal, yendo a las tierras de los pehuenches en busca del vital elemento. Adhirió a la causa de la independencia, participó como capitán de caballería y en un combate fue hecho prisionero por los españoles y murió preso en la isla Quiriquina en 1817.

<sup>92</sup> La distancia desde el Fuerte Antuco está expresado entre paréntesis en kilómetros.

<sup>93</sup> AN, ACG, “Diario de viaje de Justo Molina”, vol. 706, Fs. 124.

cerro Cadcaden, de donde los españoles extraían yeso para el vino. Desde ese cerro el camino proseguía 13.5 kilómetros hacia el este, hasta llegar a la mina de sal de Tiuquico (km 102.7) y, tras 4.5 kilómetros más hacia el oriente el camino conectaba con el río Neuquén (km 107.2), que tenía una cuadra de ancho, sin embargo poseía buenos vados.

En síntesis, la ruta que conectaba el Fuerte de Antuco hasta el río Neuquén, permitía entroncar con el río Colorado y proseguir por su orilla sur o por su ribera norte y, continuaba hacia el oriente hasta conectar con las grandes lagunas salineras, para posteriormente seguir hacia Buenos Aires. También existían rutas por el río Negro, según el historiador argentino Raúl Mandrini, la ruta más importante era la del río Negro, sin embargo reconoce que había dos rutas más al norte que cruzaban la pampa.<sup>94</sup>

### Conclusión

A modo de conclusión, se puede apreciar que en el período estudiado se observa la interrelación de dos sociedades vinculadas al mundo andino, por una parte los que desde tiempos inmemoriales habitaban en medio de la cordillera y estaban habituados a la rudeza de su clima, la sociedad indígena montañesa. Y por la otra, la sociedad hispanocriolla, que de diversas maneras se adaptó a la vida de montaña, encaramándose en los Andes, ya sea como exploradores, clérigos, arrieros, y traficantes. Unos que de peatones andinos pasaron a movilizarse de a caballo, otros que trajeron animales para deambular por las serranías andinas, la mula y el caballo. Pueblos que inicialmente fueron enemigos, pasaron a tener relaciones de intercambio pese a los obstáculos que ofrecía el relieve andino y su rudo clima, que además, entre los años 1541-1810, corresponde a una etapa marcada por el frío y que se conoce como la Pequeña Edad del Hielo, con períodos de frío intenso como los mínimos de Spörer, Maunder, y Dalton.

En el período de conquista por una parte existían grupos étnicos montañeses que habitaban en plena cordillera y por otra, con la ayuda del caballo como medio de transporte los españoles comenzaron sus excursiones cordilleranas con fines económicos. Ulteriormente los nativos montañeses adoptarían el caballo y recorrerían grandes distancias, convirtiéndose en hombres de empresa que mercadeaban en Mendoza, Buenos Aires, Chillán, y los fuertes españoles situados en las inmediaciones del río Biobío.

<sup>94</sup> Mandrini, Raúl, *La Argentina aborígen. De los primeros pobladores a 1910*, Siglo veintiuno editores, Buenos Aires, 2008, p. 226.

Durante este período de larga duración, los montañeses también fueron modificando sus hábitos de traslado para comerciar. El factor climático perdió la importancia que tenía originalmente, debido a la adopción del caballo que permitía traslados más rápidos a través de las serranías de los Andes.

También se constata, el proceso de cambio en diversos aspectos de la vida material, tales como cambio en el vestuario, y la incorporación de nuevos alimentos. A la vez, se constata que los montañeses pehuenches fueron un pueblo pragmático, que supo readecuarse a las diversas contingencias y que además logró elaborar un calendario dual, que combinaba un calendario lunar, de doce meses, con otro de índole biológica que estaba basado en la observación de determinadas plantas, lo cual les permitía realizar sus desplazamientos por la geografía andina y sus alrededores con precisión.

El estudio del paso de Antuco, ha permitido conocer y comprender cómo esta vía se utilizó para el tráfico de especies, conectando a diversos grupos humanos a través de la cordillera de los Andes.